

El jefe de aquella tropa cumplió con exactitud las primeras órdenes, pero al aparecer el duende se apoderó de él y de los soldados un terrible pánico, y no queriendo que el fantasma se les fuera á desvanecer al acercársele, mandó á sus subordinados que le hicieran fuego. El duende cayó al suelo exhalando un leve quejido. Los soldados y curiosos se acercaron á aquel bulto ya inanimado, y vieron con sorpresa el cadáver de un joven rubio, de aspecto simpático y hermoso.

En las diligencias practicadas por la autoridad se descubrió que aquel joven era el hijo del rico hacendado del Bajío, cuya filiación existía en la Intendencia, remitida por la de Guanajuato, para que se buscara al joven Miguel y se remitiera al lado de sus padres. (1)

El desventurado amante había venido á San Luis en seguimiento de su adorada Isabel; vivía oculto en el barrio cerca de la casa de Fernando, y todas las noches iba á platicar con la joven por un agujero que había abierto en la barda del corral. Quería permanecer así catorce meses, que le faltaban para llegar á la mayor edad, y poder ya entonces verificar libremente su soñado enlace.

La desgraciada Isabel, no pudiendo resistir tan terrible golpe, y resuelta á renunciar á la vida del mundo, pidió á sus padres permiso para encerrarse en un convento. Así lo hizo, ingresando al de Concepcionistas de San Miguel el Grande, (hoy San Miguel de Allende) donde acabó su existencia á los treinta y seis años de edad.

Desde la trágica muerte de Miguel la voz pública llamó á la calle donde el fantasma aparecía y en la que recibió la muerte el infortunado joven, *Calle del Duende* y más tarde se le dió oficialmente el mismo nombre, conservándole todavía hasta nuestros tiempos.

(1) Esas diligencias existen en esta ciudad en el archivo de la antigua Audiencia.

## VICTIMAS INOCENTES DE DOS GRANDES ERRORES

Un lunes santo salí de mi casa, acompañado de la criada que me cuidaba, á ver la procesión del Señor del Refugio. Tendría yo siete ú ocho años de edad.

La criada no era de malos bigotes, y me acuerdo que las enaguas le sonaban como si fueran de papel, sin duda por que estarían muy cargadas de almidón.

La señora mi madre me dió medio real para golosinas, y le hizo á la criada las prevenciones acostumbradas para que cuidara de que no fuera á atropellarme algún animal, que no entrara conmigo donde hubiera gran aglomeración de gente, y que no me dejara comprar muéganos ni cochinitos de ocho, porque ya otra vez me habían causado una indigestión.

Llegamos á la plaza principal á tiempo que salía de la parroquia, hoy catedral, el signo de la redención, y que las campanas tocaban la rogativa. La criada me tomó de la mano y á grandes pasos nos dirigimos por la acera Norte de la plaza, parándonos en la banqueta de la casa del llamado Doctor Cheine, que ha sido y es la finca más chica de esa cuadra.

La criada se sentó en la banquetta, como lo había la gente del pueblo, á esperar el paso de la procesión, y á mi me sentó sobre su ropa. En un instante se llenó la banquetta de espectadores, buscando éstos la sombra que en la estación de la primavera hay en las aceras que ven al Sur. No pasó gran rato sin que mi criada tuviera á su lado amigas de su clase, acompañadas de individuos de camisa abierta muy limpia con vivos encarnados y pantalones de gamusa negra, desabotonados de las rodillas para abajo; galanes que ahora supongo serían amantes ó novios de mi criada y de sus amigas.

Por supuesto que yo ningún caso hacía de la conversación de aquellos domésticos, entretenido en comer las golosinas que había comprado con mi medio, y que dicho sea en prueba de lo bien que se obedece á los padres en la edad que yo tenía, y de lo bien que los criados cumplen las órdenes que reciben, esas golosinas las constituían precisamente los muéganos y los cochinitos de ocho, que, como prohibidas, se me antojaban con más ganas. La procesión pasaba lentamente, y los innumerables devotos que alumbraban al Señor del Refugio con cirios y velas de cera, tardaría más de media hora, pues indudablemente pasaban de dos mil los alumbradores.

La gente de las banquetas sólo se arrodillaba al pasar la imagen de Jesús Nazareno y la del Señor del Refugio, volviendo luego á sentarse reanudando sus alegres conversaciones, engullendo con desesperado placer, las charamuseas, naranjas y limas, y bebiendo las aguas sucias, llamadas frescas, que á la vanguardia de la procesión vendían hombres y muchachos, en cántaros adornados con alfalfa, claveles y rosas de castilla.

De las demás imágenes que pasaban antes ó después de aquéllas, no hacía el pueblo ningún aprecio; las consideraba como simples acompañantes de las que presidían la procesión, aunque también fueran imágenes de Jesucristo, pero que por su menor tamaño ó por la modestia de sus andas y adornos, no inspiraban respeto á los asistentes á aquellos actos religiosos.

Me fijé en la conversación de la criada y sus amigas, cuando oí que hablaban de un asesinato y de ajusticiado, porque esas cosas que causan pavor, impresionan naturalmente á los niños. Uno de los individuos decía—«Hoy ha-

ce años, por la fecha, que aquí mismo, donde estoy sentado, mataron al mozo del médico que vivía aquí (y señaló la casa que tenía á la espalda). El pobre muchacho fué tan inocente como el pobrecito soldado que ajusticiaron en la Lagunita.»

Siguió la conversación de los criados sobre ese suceso y á mi se me gravó en la memoria con todas las manifestaciones de sentimiento con que aquellas gentes lo recordaban.

Más tarde se presentó ocasión de que en mi casa, á pedimento mío, me refirieran con los detalles conocidos en el público, el caso á que los criados hacían alusión, y en mis frecuentes registros de los archivos de las oficinas públicas encontré, hace más de veinte años, en el Supremo Tribunal, la causa que se formó al soldado ajusticiado. En ella consta lo siguiente.

Vivía en la casa que señalaba el amigo de mi criada, el inglés Don Jorge Cheine, reputado como buen médico en la ciudad, aunque no lo era titulado. En ese tiempo sólo había en San Luis tres profesores en medicina, Don Pascual de Aranda, Don José María Ruiz de Almoguera y Don Tomás Ortiz de Parada. Los demás individuos que ejercían la medicina, hasta el número de catorce, incluso el inglés Cheine, sólo eran cirujanos, de los que unos se titulaban latinos y otros romancistas, muy celosos los primeros de que el público no los confundiera con los segundos.

Dicho médico (llamémoslo así) vivía acompañado únicamente de un criado de toda su confianza. Este se levantaba temprano á preparar á Cheine el desayuno, limpiar el calzado, bañar y peinar el caballo, darle á éste la pastura y luego ensillarlo con el albardón para que el médico saliera á hacer sus visitas. Todos esos quehaceres debían estar terminados antes de las siete de la mañana, porque Cheine tenía siempre muchos enfermos de la clase acomodada; con seguridad, por ser extranjero.

Esos trabajos domésticos no daban tiempo al mozo para barrer en las mañanas la parte de calle correspondiente al frente de la casa, y lo hacía de ordinario al anochecer, en la confianza de que después del toque de oraciones transitaba muy poca gente por las calles, tanto por la es-

casez de alumbrado como porque nuestros antepasados no tenían la costumbre de trasnochar como nosotros, sino que todos los vecinos, con raras excepciones, se encerraban en sus casas al obscurecer.

Una de tantas veces andaba el mozo de Cheine barriendo la calle, cuando pasó un hombre que espíata el momento en que no hubiera gente que lo viera, se acercó al mozo y le clavó un agudo y largo puñal en la espalda, atravezándole el corazón. El mozo cayó boca-abajo y el asesino siguió su camino. Instantes después pasó junto al herido un soldado del Escuadrón de Seguridad Pública que se dirigía corriendo al cuartel de la Estacada, porque se le había hecho tarde para presentarse á la lista de seis; pero al ver á aquel hombre tirado en un charco de sangre, se detuvo á reconocerle, vió el arma homicida clavada en su cuerpo, y maquinalmente se la sacó. El herido hizo un movimiento convulsivo y expiró.

Estaba el soldado sorprendido con el puñal en la mano goteando sangre, cuando pasaron tres trabajadores de la imprenta del Gobierno que se retiraban á sus hogares, vieron al muerto y al soldado con el arma ensangrentada, y creyeron que éste acababa de matar á aquel hombre, lo aprehendieron á pesar de las protestas de inocencia y de las explicaciones que el supuesto homicida daba. Lo llevaron á la Prefectura y lo entregaron como asesino del hombre cuyo cadáver, caliente aún, estaba tirado al frente de la casa del médico inglés.

Incoado el proceso contra el presunto criminal, ninguna declaración, ningún dato, nada absolutamente favoreció en primera instancia al procesado. El Juez de letras lo declaró convicto como autor del homicidio, y lo sentenció á la pena de muerte. La terrible sentencia fué confirmada en segunda y tercera instancias, la gracia de indulto denegada y el infeliz soldado fué pasado por las armas en la plazuela de la Lagunita, sitio en donde se verificaban las ejecuciones de justicia.

Hay que advertir que en aquel tiempo eran muy raros los reos sentenciados á la pena capital, que alcanzaban la gracia de indulto. Por un robo cualquiera en despoblado, aunque no se acompañara de heridas ó golpes; por el asalto en cuadrilla á una habitación en el peso de la noche, por un homicidio al que concurriera siquiera una circuns-

tancia agravante, la pena de muerte era infalible y ejecutada con todo el aparato de publicidad y de terror establecido desde la época virreinal.

Transcurrieron más de tres años del sangriento y trágico suceso.—Una mañana al salir de su casa para la oficina, el Prefecto Don José M<sup>o</sup> Faz y Cardona, se le presentó una joven como de 23 á 25 años de edad, y de figura no despreciable, diciéndole que lo esperaba para suplicarle que la oyera en lo reservado. El señor Faz volvió á entrar á su habitación, seguido de la mujer. Entonces le dijo ésta que tenía el remordimiento de haber contribuido con su silencio á que se le quitara la vida á un inocente. Que el soldado fusilado en la Lagunita, hacia tanto tiempo, no había sido el matador del mozo del médico Cheine, sino un individuo con quien ella cultivaba relaciones ilícitas; que éste tenía celos del hermano del asesinado, que servía en la casa contigua á la del médico, y que como los dos hermanos acostumbraban barrer la calle á la misma hora y usaban chaquetas azules, se equivocó su querido y le dió la puñalada al hermano del que suponía su rival.

El señor Faz preguntó á la mujer si hacia aquella delación porque hubiera tenido algún enojo con el hombre con quien vivía y estuviera ya separada de su lado, á lo que aquella contestó que no había tenido ningún disgusto reciente con su amasío, y que aun vivían juntos, pero que su remordimiento era tan grande, que hasta el apetito y el sueño había perdido, y que denunciaba el hecho por descargo de su conciencia, para luego separarse de la compañía de aquél y poderse confesar.

El Prefecto ordenó inmediatamente la aprehensión del individuo denunciado, y lo consignó al Juez de letras, remitiéndole también á la mujer después de algunas horas.

Aquí acaba el cuarto cuaderno de la causa que he citado, no habiéndome sido posible encontrar la continuación para conocer las diligencias que se practicaron contra el verdadero asesino; pero un antiguo empleado del Tribunal, Don Miguel Castañeda, me informó que el Juez había sobreesido diciendo que nada se podía ya actuar en esa causa, porque el delito había pasado por todas las instan-

cias hasta la ejecución de la sentencia; sobreseimiento que, según Castañeda, aprobó el Supremo Tribunal.

He aquí dos víctimas inocentes, de dos grandes errores; uno humano y otro jurídico; el segundo infinitamente de mayores trascendencias que el primero, y que prueba con cuanta razón se dice de la justicia, que lo blanco lo vuelve negro y lo negro blanco.

Fin.

## INDICE

### DE LOS ARTICULOS QUE CONTIENE ESTA OBRA.

TITULOS.	PAGS.
Prólogo del autor.....	3
BIOGRAFÍAS.	
Don Martín de Mendalde.....	7
Capitán General Don Juan Villerias.....	10
Mariscal de Campo Don Nicolás Zapata.....	16
Capitán General Don J. Mariano Jiménez.....	20
Don Joaquín Sevilla y Olmedo y Don Francisco Lanzagorta.....	25
Presbítero Bachiller Don Fernando Zamarripa.....	28
Doctor Don Tomás Vargas.....	34
Licenciado Don José María Bocanegra.....	39
Licenciado Don José Ildefonso Díaz de León.....	42
Licenciado Don Vicente Chico Sein.....	46
Licenciado Don Prisciliano Arriaga.....	56
Licenciado Don Ramón Adame.....	58
Don Eulalio Degollado.....	59
Don Juan Bustamante.....	60
Licenciado Don Pascual M. Hernández.....	60
General Don Carlos Díez Gutiérrez.....	61
Ingeniero Don Blas Escontría.....	63